Prólogo

La conquista

Cualquier argumentación en favor de los efectos comparativamente leves de la colonización española de Yucatán tiene que fundamentarse, en última instancia, en la totalidad de los rasgos del régimen colonial. Durante la mayor parte de la época colonial, la ubicación de Yucatán en la periferia del imperio español representó para los mayas un grado de aislamiento y autonomía que los mexicas y otros grupos del mismo núcleo económico y político habían perdido en el transcurso de las décadas de la conquista. Pero las diferencias son ya claras desde el principio, desde las primeras confrontaciones entre indígenas y españoles en lo que es el México actual. La conquista de Yucatán fue una tarea interminable. La prolongada actividad bélica produjo una considerable devastación material. Por la misma razón, esto supuso una ruptura con el pasado menos abrupta y por lo tanto menos traumática que la que se produjo con la rápida caída del imperio mexica. De hecho, en amplias zonas de Yucatán es difícil precisar con exactitud cuándo terminó la conquista y comenzó el dominio colonial.

Yucatán fue descubierto en 1517 en un viaje de exploración que partió de Cuba. Este primer encuentro con los indígenas más avanzados del continente americano, que iban vestidos, tenían edificios de piedra y, sobre todo, poseían oro, estimuló los planes de colonización del nuevo territorio por los españoles. Pero Yucatán se dejó a un lado por el momento. Un segundo viaje tuvo una recepción más amistosa y se hallaron

indicios de una riqueza más sustancial hacia el oeste. Una tercera expedición, organizada por Hernán Cortés en 1519, tocó brevemente las costas de Yucatán en el viaje que acabaría en Veracruz y, finalmente, con el encuentro de Cortés con Moctezuma en Tenochtitlan [1].

Solamente en 1527, después de las campañas que se llevaron a cabo en el altiplano mesoamericano y en Honduras, dirigieron los españoles su atención a Yucatán, que estaba bajo el control de uno de los lugartenientes de Cortés, Francisco de Montejo. La conquista de Yucatán llevó dos décadas completas, cuando someter a los mexicas costó tan sólo dos años. Los mayas no tenían una estructura imperial que pudiera ser derribada con un soplido en el centro. Yucatán estaba dividido en al menos dieciséis provincias autónomas, con distintos grados de cohesión interna. Cada una de estas provincias, y en muchos casos cada una de las subunidades que las constituían, exigía una negociación independiente y, si ésta fracasaba, tenía que ser conquistada por separado.

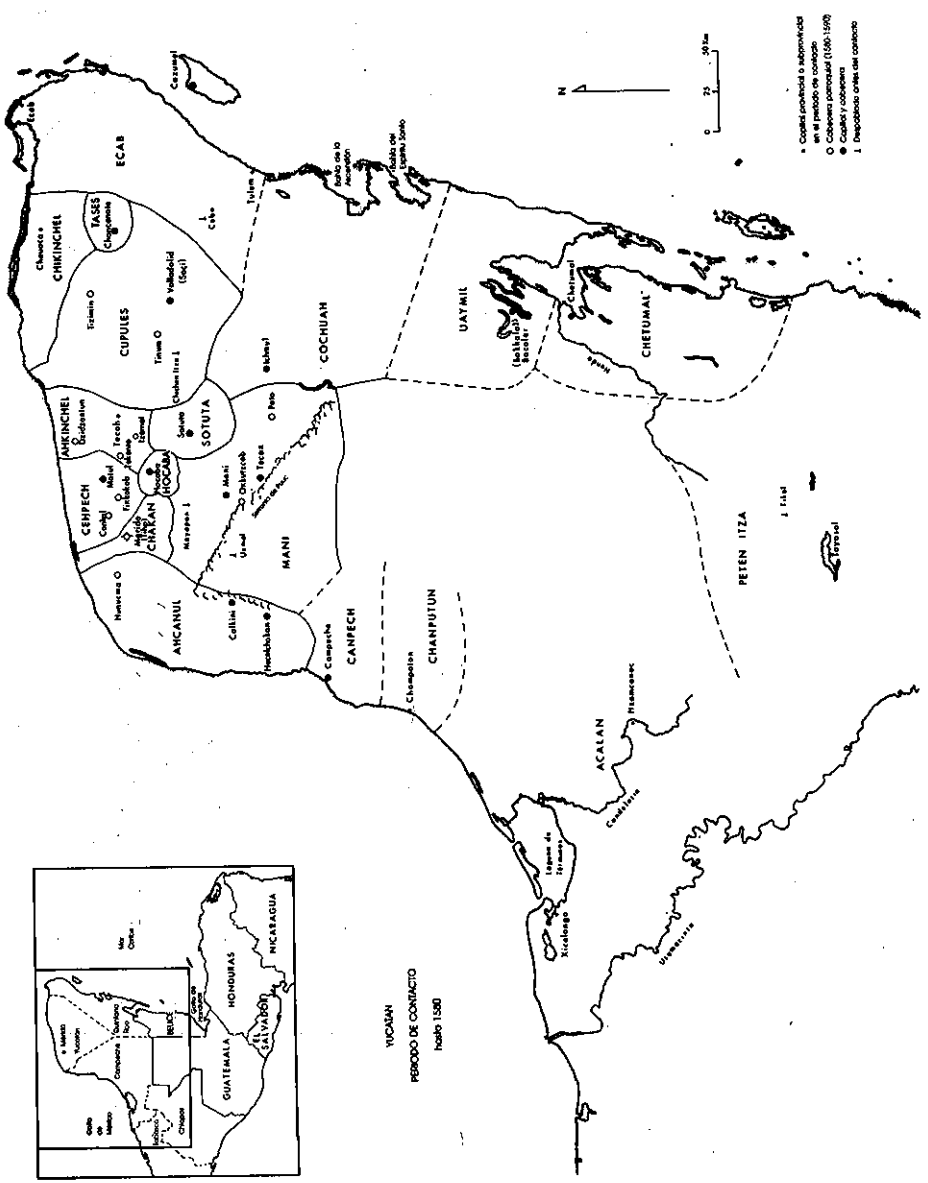
En ocasiones daba la impresión de que no merecía la pena conquistar Yucatán. Descontentas por la ausencia de oro, las tropas de Montejo menguaban. La densa vegetación y el accidentado terreno de Yucatán suponían obstáculos para los caballos y eran inapropiados para las batallas campales que beneficiaban a las armas y tácticas militares españolas. La resistencia era tenaz en determinadas zonas y, lo peor de todo, los mayas se negaban a quedar sometidos.

Por regla general, se considera que la conquista de Yucatán finalizó con el aplastamiento en 1547 del Alzamiento de 1546-1547, una sublevación a gran escala de los mayas de las regiones central y oriental. La autoridad española sobre la península nunca tuvo que volver a enfrentarse a un desafío serio, pero era incompleta y así permaneció durante toda la época colonial. De un modo más esporádico y atenuado, la conquista aún tenía que proseguir durante siglos.

El empuje inicial se había detenido en los límites meridionales de las provincias de Mani y Cochuah. Más allá había una vasta y apenas explorada región que se extendía a través del partido de la Montaña y del Petén hasta las más densamente pobladas faldas de las cordilleras centrales de Guatemala y Chiapas, una región evitada y en gran parte ignorada tras la breve incursión de Cortés por el núcleo de la zona en el transcurso de la expedición que le llevó desde el centro de México hasta Honduras en 1525 [2]. Se fundó allí una solitaria misión, pero sólo resistió

[1] Chamberlain, *Conquest and Colonization of Yucatan*, proporciona un compendio impecablemente documentado de los principales sucesos desde el momento del descubrimiento hasta el establecimiento del gobierno real en 1551.

[2] El viaje, que en realidad duró desde octubre de 1524 hasta abril de 1526, está rela-



desde 1604 a 1614. En el oriente, a lo largo de la costa caribeña, los españoles habían sometido las provincias de Ecab, Uaymil y Chetumal, pero no consiguieron ocuparlas permanentemente, con la única excepción del presidio de Bacalar, en la base de la península. De hecho, en el siglo y medio que siguió al establecimiento de la colonia, los españoles perdieron terreno y se retiraron de territorios que nominalmente seguían manteniendo en su poder, aunque carecían de los medios y los incentivos para su control.

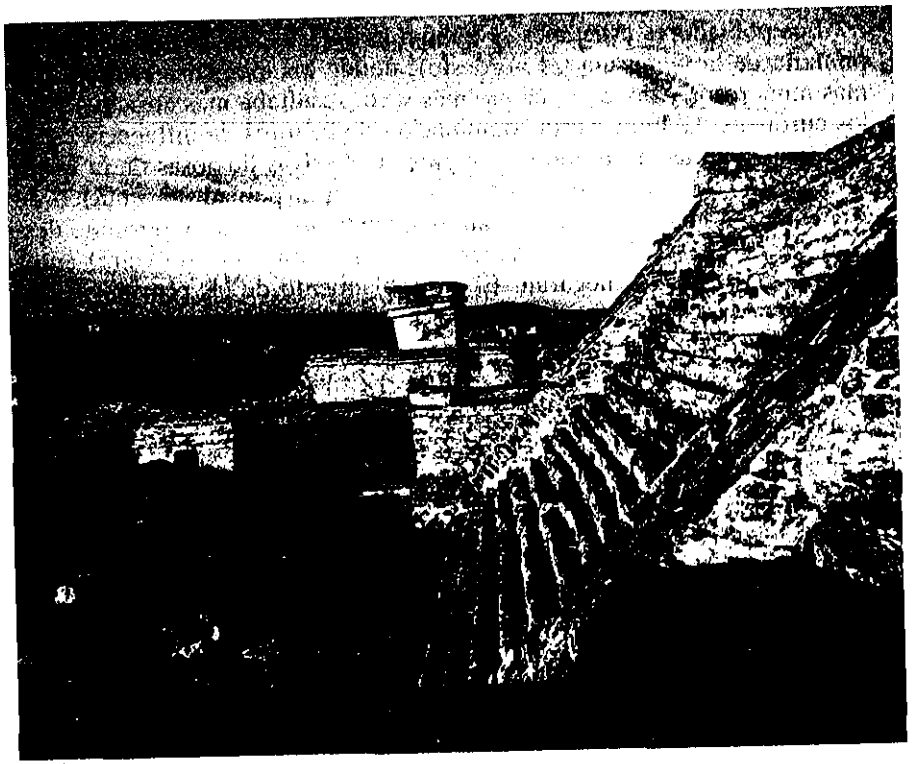
Los pobladores españoles se habían establecido en la zona más hospitalaria de la península (el noroeste), donde los indígenas eran mucho más numerosos y donde el clima, más seco, resultaba más atractivo para los europeos. Debido a esta combinación de factores, la influencia española quedó concentrada en esta región. Las selvas lluviosas de la Montaña y del Petén, que en su momento fueron el pobladísimo núcleo de la civilización maya clásica, habían experimentado ya un importante descenso demográfico (cuya verdadera dimensión aún no está clara) antes de que los españoles llegaran. El despoblamiento de las provincias costeras de oriente y del suroeste fue provocado inconscientemente por los españoles. Excepto Uaymil y Chetumal, estas provincias se habían sometido al dominio español sin apenas resistencia, así que las pérdidas ocasionadas por la guerra y las interrupciones de la producción de alimentos fueron mínimas en muchas zonas. El clima y la ubicación estratégica, que habían sido las claves de su prosperidad, contribuyeron en este momento a su decadencia. El clima húmedo, caracterizado por las fuertes lluvias y por la abundancia de aguas superficiales, producía buenas cosechas, pero a la vez resultó particularmente favorable para muchos de los microorganismos del Viejo Mundo que fueron introducidos por los españoles y por sus esclavos negros.

Igualmente devastador en sus consecuencias, aunque más difícil de medir, fue el colapso de la economía maya, que se había basado fundamentalmente en el comercio a larga distancia. En el momento del contacto, vigorosos centros comerciales rodeaban prácticamente la península desde Chauca, en el norte, hasta Nito, en el golfo de Honduras, pasando por Cozumel y Tulum, en la costa caribeña, y también a lo largo de la base de la costa del golfo. Todos estaban controlados por los «putun», o mayas chontales del suroeste de Campeche, llamados los «fenicios del Nuevo Mundo», o estaban asociados de algún modo a ellos [3]. Situados

tado en Cortés, *Cartas de Relación* (quinta carta), 185-208, y Díaz del Castillo, *Verdadera Historia de la conquista* 2: 188-217.

[3] J. Eric Thompson, *Maya History*, 7. El principal estudio sobre los «putun» del Postclásico tardío y sus redes comerciales y políticas es el de Scholes y Roys, *Maya-Chontal*,

estratégicamente, se ocupaban del intercambio de mercancías entre la península y el altiplano de México y de Centroamérica. Incluso antes de la verdadera conquista de Yucatán, sus redes comerciales tradicionales habían sido ya interrumpidas por la expansión del imperio mexica del centro de México y de otros grupos comerciantes de Guatemala y Honduras [4].



1. *Panorámica de Tulum, sitio «putun» del Postclásico tardío en la costa oriental de Yucatán, cerca del lugar donde desembarcaron las fuerzas de Montejo en 1527. Obsérvese, al fondo, el característico terreno llano de la región.* (Foto de Arthur G. Miller.)

15-87. Véase también Chapman, «Port of Trade Enclaves»; J. Eric Thompson, *Maya History*, 3-47, 124-158; Sabloff y Rathje, «Rise of a Maya Merchant Class», y Miller, *On the Edge of the Sea*, capítulo 4.

[4] Cortés, *Cartas*, 185-186, 206.

En el momento en que los españoles volvieron sus ojos desde la parte noroccidental de la península a estas regiones periféricas que habían sido conquistadas con tanta facilidad (insistimos, con la excepción de Uaymil y Chetumal, que fueron virtualmente destruidas en una postrera y encarnizada campaña), las encontraron en profunda decadencia. Lo que fueron zonas florecientes había quedado reducido a unas pocas poblaciones dispersas bastante antes del final del siglo XVI. En la segunda mitad del siglo XVII estas regiones habían sido oficialmente despobladas. Su situación estratégica había acelerado su decadencia, al haber estado expuestas a los ataques de los piratas franceses, alemanes e ingleses que, atraídos al Caribe por la riqueza de los españoles, habían comenzado a hostigar a barcos y poblaciones a todo lo largo de las costas yucatecas en la década de 1560. Ante la imposibilidad de defender la desguarnecida costa yucateca, con la excepción del importante puerto de Campeche (que, aun así, fue saqueado varias veces), los españoles decidieron trasladar las poblaciones mayas que aún quedaban hacia el interior, y abandonar las costas a los «corsarios luteranos» [5].

A mediados del siglo XVII la frontera colonial había retrocedido hasta una línea que, desde debajo de Champoton, trazaba un arco hacia la serranía de Puuc y continuaba recta hasta Peto y Tihosuco para dibujar un ángulo hacia el noreste en dirección al Caribe, que recorría la actual frontera de los estados de Yucatán y Quintana Roo. El territorio que quedaba más allá de esta frontera estaba considerado oficialmente como «despoblado». *En realidad, se convirtió* en el hogar de un gran número de refugiados que huyeron de la autoridad de la colonia para fundar asentamientos independientes, o para reunirse con sus parientes aún no sometidos, que resistían en pequeños grupos en oriente y controlaban todo el sur. Los españoles nunca los dejaron totalmente tranquilos. De cuando en cuando, una oleada de fervor evangelizador se extendía entre los franciscanos de la región y uno o dos misioneros eran enviados al norte para que iniciaran o reanudaran el contacto con cualquier maya apóstata o no convertido que pudieran localizar. En general, los indígenas los recibían pacíficamente. En ocasiones *se irritaban y se mostraban*

[5] Sobre la decadencia que se produjo después de la conquista y el final abandono de la costa oriental, véase Roys, Scholes y Adams, «Report and Census», y Miller y Farriss, «Religious Syncretism», 224-229. Sobre el suroeste de Campeche, véase Scholes y Roys, *Maya-Chontal*, 159-167, 299-315. Sobre los efectos de las incursiones piratas, véase, por ejemplo, AGI, Justicia 1029, Probanza sobre los daños... corsarios luteranos, 1565; Patronato 75, núm. 1, ramo 1, Probanza de Diego Sarmiento de Figueroa, 4 de abril de 1578; México 359, Gobernador a la Corona, 28 de nov. de 1565, 2 de abril de 1579 y 15 de nov. de 1600; México 360, Gobernador a la Corona, 10 de julio de 1638, y un buen número de expedientes de las décadas de 1670 y 1680 en AGI, Escribanía de cámara 307-A y 307-B.

groseros, o incluso los amenazaban, pero sólo hay constancia de que tres misioneros sin escolta merecieran el «premio del martirio» en toda la zona no pacificada [6]. Los mayas eran conscientes de que cualquier resistencia podía provocar represalias armadas, y estimaban más prudente aparentar sumisión y después cambiar de lugar sus asentamientos o sencillamente volver a sus antiguas costumbres una vez que los frailes se hubieran marchado [7].

Los españoles también llevaron a cabo expediciones militares esporádicas para recuperar fugitivos y reubicarlos en las zonas pacificadas, incursiones que parece despoblaron una gran parte de la región oriental [8]. Los españoles no podían, sin embargo, montar guardia a lo largo

[6] Dos dominicos en la región meridional del Petén en 1555 (Villagutierre Sotomayor, *Historia*, 49-54) y un franciscano en Tayasal en 1628 (López de Cogolludo, *Historia de Yucatán* [de aquí en adelante citado como Cogolludo], Lib. 10, cap. 2). Otros cinco resultaron muertos cuando acompañaban a expediciones militares españolas, que parece ser propiciaron la ocasión: uno en Saclum en 1624 (Cogolludo, Lib. 10, cap. 3) y cuatro en Tayasal o en sus alrededores en 1696 (Villagutierre Sotomayor, 284-294, 314-315, 352, 375). Un martirio no verificado es relatado por Sánchez de Aguilar, *Informe*, 120-121, quien dijo que los indígenas de Cozumel ahogaron deliberadamente a su cura en un «accidente» de navegación.

[7] AGI, México 359, 367, 369 y 3048, e Indiferente 1387 contienen muchas cartas e informes, 1564-1585, referidos a la esporádica actividad misionera en Cozumel y en la costa oriental, algunas de las cuales han sido publicadas o resumidas en Roys, Scholes y Adams, «Report and Census»; Miller y Farriss, «Religious Syncretism»; Scholes y Adams, *Don Diego Quijada* 2: 79-83, y DHY 2: 70-94. Véase, especialmente, México 369, Relación del viaje de Fray Gregorio de Fuenteovejuna y Fray Hernando de Sopuerta, 15 de agosto de 1573. La actividad misionera, en ocasiones combinada con «entradas» militares, era más intensa a lo largo de la frontera meridional. Scholes y Thompson, «Francisco Pérez Probanza», resumen la información existente sobre la región de Bacalar-Tipu, 1618-1655. Véase también Cogolludo, Lib. 8, caps. 5-10, 12-13 (incluyendo Tayasal), Lib. 11, caps. 12-17; AGI, México 360, Gobernador a la Corona, 10 de julio y 30 de nov. de 1638; y México 369, Obispo a la Corona, 1 de junio de 1606, y Memorial del obispo de Yucatán, 1643. Scholes y Roys, *Maya-Chontal*, 251-290, contiene material sobre las regiones de la Montaña y Tichel-Popola-Sahcabchen hasta la década de 1660. Villagutierre, *Historia*, 119-128, 156-158, 200-208, 233-243, 252-257, 262-264, 303-311, resume las actividades que convergen en Tayasal, 1575-1700. Sobre la región de la Montaña, 1604-1624, véase también Cogolludo, *Lib.* 8, cap. 9, Lib. 10, caps. 2-3 (incluyendo Tayasal); Cárdenas Valencia, *Relación historial*, 74; AGI, México 359, Cuaderno de documentos, 1604, Gobernador a la Corona, 21 de junio y 19 de sep. de 1608, y Certificado de Francisco de Sanabria, 22 de junio de 1608; México 369, Gobernador a la Corona, 22 de dic. de 1604, Obispo a la Corona, 29 de sep. de 1604 y 12 de dic. de 1605; México 294, Testimonio del requerimiento, 1604, y Testimonio de varias cartas, 1604-1605; Escribanía de cámara 308-A, núm. 1, pieza 3, Probanza de Fray Gerónimo de Porraz, 1624.

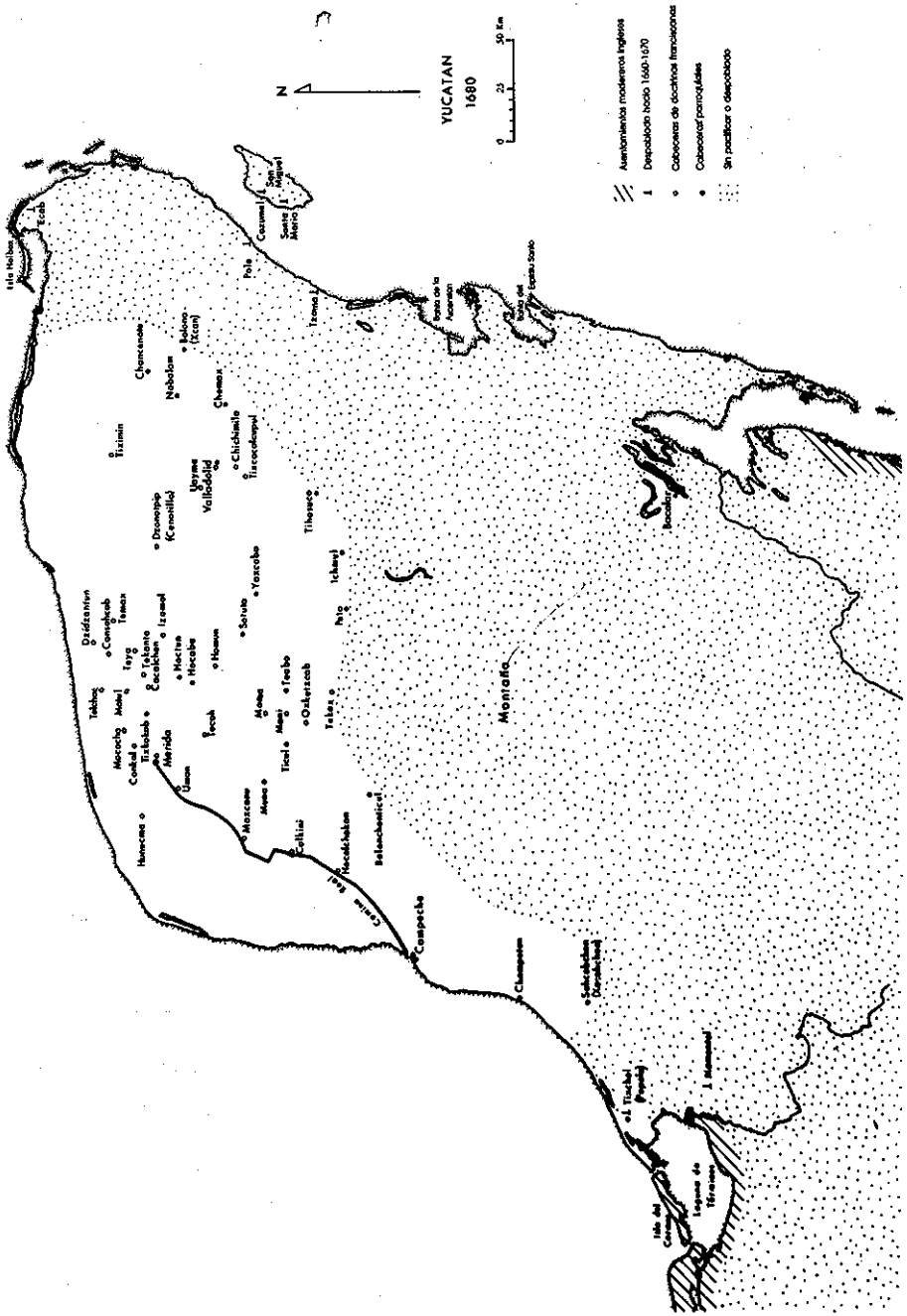
[8] Para información sobre las incursiones en el «despoblado» de la costa oriental, véase Cogolludo, Lib. 7, caps. 13 y 15 (1592 y 1596), y Lib. 8, cap. 8 (1602); AGI, Patronato 56, núm. 2, ramo 4, Probanza de Juan de Contreras, 1596; México 294, Probanzas de Andrés Fernández de Castro, s.f. (1601), y Antonio de Arroyo, 1604; México 130, Información... Br. Juan Alonso de Lara, 1611; México 140, Probanza del Capt. D. Juan Chan, 1622, y Escribanía de cámara 308-A, núm. 1, pieza 6, Testimonio de información a favor de la religión franciscana, 1644.

de toda la frontera y, mientras el extenso e inaccesible territorio del sur continuara sin verse sometido, la conquista del resto de la península no podía considerarse acabada.

La existencia de estados mayas totalmente independientes, el mayor y más poderoso de los cuales era el reino itzá, nucleado en torno al lago Petén, hacía impreciso el límite entre lo prehispánico y lo colonial, lo pagano y lo cristiano, lo conquistado y lo independiente. El resultado fue de tipo, si bien no de intensidad, semejante al del estado incaico en el exilio, que resistió durante décadas en los límites del reino del Perú después de su hundimiento inicial. En Yucatán, como en el Perú, no había una ruptura clara con el pasado a ningún lado de la frontera, que los mayas encontraron muy permeable en ambas direcciones. Los refugiados, guerreros y expediciones, las delegaciones de los itzáes y de otros grupos y, sobre todo, los traficantes, cruzaban continuamente de un lado a otro y establecían contactos frecuentes aunque a menudo clandestinos. No hay modo de determinar el volumen del mercado ilícito, del que los españoles tenían ciertas nociones pero que eran incapaces de controlar. El comerciò interregional había sido ya muy dinámico en los tiempos prehispánicos; la nueva y creciente demanda entre los mayas, tanto apóstatas como paganos, de hachas de acero y otras herramientas introducidas por los españoles lo reforzó. El comercio de la sal, que se supone que las costas del norte y del occidente de la península habían proporcionado durante mucho tiempo a las tierras del interior, continuó tras la conquista. Es más que posible que parte de la miel y de la cera que los españoles recaudaban como tributo a los mayas pacificados para exportar al centro de México procediera de las zonas no conquistadas [9].

Las zonas no conquistadas constituían una válvula de escape para algunos de los mayas colonizados; eran un importante elemento cultural, político y económico en la vida de todos ellos. El contacto entre parientes separados no estaba del todo roto, ya que las noticias circulaban tan rápido como lo pudieran hacer los productos comerciales. Para la gran mayoría de los mayas que no huyeron, las zonas de refugio eran más una opción constante y familiar (aunque sólo fuera de oídas) que un lugar desconocido y aterrador. Muchos de ellos eligieron esta opción durante la segunda mitad del siglo XVII y se establecieron en las pobla-

[9] Cogolludo, Lib. 8, cap. 9. Véase también Grant Jones, «Agriculture and Trade», y, entre las muchas referencias que hay en los documentos contemporáneos al «comercio oculto», AGI, México 359, Provincial franciscano a la Audiencia de México, 5 de mayo de 1606.



ciones no sometidas del sur, que parecían estar integrándose bajo la autoridad de un «rey» maya. Estos grupos se hicieron más audaces, atacando a poblaciones fronterizas pacificadas y proclamando, de un modo no del todo descabellado, su soberanía sobre ellas [10]. La conquista, que había estado paralizada durante mucho tiempo, parecía estar ahora en retroceso.

A pesar de algunas tímidas incursiones en el Petén desde los asentamientos españoles de Tabasco, Chiapas y Yucatán, el interior permaneció en su mayor parte fuera del control colonial hasta 1697, cuando una expedición conjunta desde Yucatán y Guatemala concluyó con la conquista del reino itzá [11]. Una serie de expediciones que se llevaron a cabo en los primeros años del siglo XVIII consiguieron finalmente expulsar a los ingleses de la Laguna de Términos, donde quedó establecido un presidio que pretendía proteger los asentamientos que jalonaban la costa del golfo en la ruta hacia Tabasco [12]. Se fundó una nueva misión en el interior, al oeste de Bacalar, y frágiles archipiélagos de pueblos pacificados crecieron a lo largo de los caminos que comunicaban Yucatán con Bacalar y con el nuevo puesto fronterizo del lago Petén. La conquista del Petén, que fue muy celebrada, no acabó sin embargo con las zonas de refugio. Los grupos de fugitivos y rebeldes se internaron, sencillamente, más en el monte, hostigados por incursiones ocasionales pero en ningún caso totalmente sometidos por los españoles [13]. En el interior,

[10] Sobre las sublevaciones en la *región central* de la Montaña en el periodo 1614-1624 (incluyendo la matanza de Saclum de 1624), véase Cogolludo, Lib. 10, cap. 3; AGI, Escribanía de cámara 305-B, ramo 6, Antonio de Salas al Gobernador, 16 de oct. de 1624, y ramo 7, Méritos y servicios Diego de Vargas Mayorga, 12 de nov. de 1624; México 359, Real cédula al Gobernador, 18 de nov. de 1624, y Escribanía de cámara 308-A, núm. 1, pieza 3, Probanza de Fr. Gerónimo de Porraz, 1624. La documentación sobre el aumento del malestar en las décadas de 1660 y 1670 es voluminosa, y la mayor parte está contenida en la residencia del gobernador Rodrigo Flores de Aldana: véase, especialmente, AGI, Escribanía de cámara 317-A, cuad. 4, Autos contra Antonio González, 1670; Escribanía de cámara 317-5, cuad. 8, Autos hechos por Pedro García Ricalde, 1668, y Escribanía de cámara 317-C, Papeles y recaudos presentados por... Flores de Aldana, 1664-1674. Los informes de los franciscanos están en AGI, Escribanía de cámara 308-A, núm. 1, piezas 13-15, 1664-1680, y BN, Archivo Franciscano 55, núms. 1142 y 1143, cartas de Fray Cristóbal Sánchez al Provincial, 1672-1673.

[11] La verdadera batalla por la fortaleza itzá de Tayasal, narrada en Villagutierre, *Historia*, 366-373, fue breve y culminó dos años de cerco e intensa presión diplomática.

[12] Véase Eugenio Martínez, *Defensa de Tabasco*, 72-158, sobre expediciones contra los ingleses, 1680-1717. Sobre la construcción del fuerte, 1718-1765, véase AGN, Real caja 54, Informe de Antonio Bonilla, 29 de abril de 1772.

[13] Hay noticias de incursiones de mayas tanto paganos como apóstatas, así como contra ellos, hasta el siglo XIX: AGI, México 1018, Sobre conversiones del Itzá y Petén, 1703-1704; México 898, Josef de Zaldívar a la Corona, 14 de dic. de 1742; AGN, Historia 534, núm.

los mayas lacandones, descendientes de aquellas gentes, no han sido nunca conquistados, en sentido estricto, hasta el día de hoy.

¿Cuándo acabó realmente la conquista de Yucatán? ¿En 1547 con la represión del Alzamiento? ¿En 1697 con la conquista del Petén? Algunos piensan que la Guerra de Castas que tuvo lugar en el siglo XIX fue el capítulo final de la conquista, pero la conclusión de la Guerra de Castas es difícil de precisar. Arrastrados a la contienda entre facciones que se produjo en Yucatán después de la independencia y una vez recuperado el sabor de la victoria militar, adormecido durante tanto tiempo, los mayas iniciaron su propia lucha de liberación en 1847, contra lo que seguían considerando dominación extranjera. Durante un breve periodo pareció que su victoria estaba cercana. Desde el oriente, en torno a Valladolid, Tihosuco y Sotuta (las mismas regiones que se habían unido en el Alzamiento trescientos años antes), la revuelta se extendió hacia el sur (hasta Bacalar) y, de un modo mucho más amenazador, comenzó a aproximarse a Mérida. La ciudad y los blancos que allí se habían refugiado se salvaron sólo por la «gracia de Dios», que es la denominación maya del maíz. Al aproximarse a Mérida para efectuar el asalto, justo cuando se aproximaba la estación de lluvias, las tropas mayas —compuestas en su totalidad por agricultores— se retiraron a sus pueblos y milpas. Lo primero es lo primero: el maíz tenía que ser sembrado, atendido y cosechado, y sólo entonces podrían volver para acabar la guerra. Pero habían perdido su oportunidad. Los *dzules* (extranjeros) no serían expulsados de Yucatán. Por otro lado, los mayas jamás aceptaron la derrota. Se retiraron de nuevo al oriente, establecieron un estado rebelde basado en el culto maya-cristiano de la Cruz Parlante y tomaron su nombre (los *cruzob*) de la Santa Cruz que veneraban. En realidad, consiguieron hacer retroceder la vieja frontera colonial al emplazamiento en que se encontraba a mediados del siglo XVII, donde iba a permanecer, con pequeñas oscilaciones, durante los cincuenta años siguientes [14].

En 1901 Chan Santa Cruz, la capital de los *cruzob*, fue tomada por tropas federales que venían del centro de México. ¿Marcó esta derrota

4, Sobre aprehensión de indios caribes en los ríos de Usumacinta, 1784; AA, Asuntos pendientes 2, Expedte. sobre... la misión de Chinchanha, 1782; Oficios y decretos 3, Provincial franciscano al Obispo, 9 de sep. de 1786; Oficios y decretos 4, Joseph Nicolás de Lara al Obispo, 9 de sep. de 1782, y Juan José Arias Roxo al Obispo, 10 de abril de 1785; Documentos del Petén Itzá, Exp. sobre residencia de un religioso en el pueblo de San Antonio, 1799; Domingo Faxardo al Provisor, 21 de oct. de 1800, y Faxardo al Obispo, 14 de mayo de 1813.

[14] Reed, *Caste War of Yucatan*, es un resumen excelente de la guerra y de los mayas *cruzob* hasta 1915. González Navarro, *Raza y tierra*, vincula la guerra a la situación socioeconómica del Yucatán del siglo XIX.

el fin de la Guerra de Castas y con ella el fin de la conquista de Yucatán? ¿O continuaron tanto la guerra como la conquista durante otros sesenta años más? Durante este tiempo, los *cruzob* todavía controlaron el territorio al que se habían retirado, y que comprendía un extenso sector del actual estado de Quintana Roo, al oriente de Yucatán. Pero tal vez la conquista no se completó hasta 1969, cuando se produjo la muerte del jefe del pueblo de los *cruzob* de Chumpom, que era el último de los jefes de la Guerra de Castas. Sus sucesores, después de muchas discusiones, decidieron no cumplir su amenaza de atacar al personal que trabajaba en la carretera que se abría paso a través del antes aislado territorio. Se habían enviado tropas federales para proteger a los trabajadores y los mayas no habían podido conseguir carabinas modernas para sustituir sus anticuadas armas de fuego. La carretera se concluyó y los *cruzob*, les guste o no, están siendo actualmente incorporados al entramado social nacional. Algunos de ellos trabajan en el Instituto Nacional de Antropología e Historia como guardas de los sitios prehispánicos que hay en su zona; otros han sido llamados a cumplir el servicio militar en el ejército al que sus abuelos resistieron durante tantos años.

La percepción maya de la conquista

Los mayas yucatecos han dejado abundantes relatos de la conquista española del siglo XVI, relatos que difieren marcadamente, en su tono y en su enfoque, de las versiones nahuas. Sus descripciones de la llegada y de las conquistas militares de los españoles son sobrias y objetivas [15].

[15] Los relatos más antiguos existentes son, probablemente, dos textos prácticamente paralelos escritos por miembros de linaje Pech de la provincia de Ceh Pech a mediados del siglo XVI: «Chronicle of Chac-Xuleb-Chen [Chicxulub]», texto maya y traducción inglesa, en Brinton, *Maya Chronicles*, 187-259, y Martínez Hernández, *Crónica de Yaxkukul*, texto maya y traducción española. Barrera Vázquez, *Códice de Calkiní*, consta de facsímil maya y traducción española; escrito en la segunda mitad del siglo, es una historia de la provincia de Ah Canul que incluye un relato de la conquista, 25-31, 41-57. Gaspar Antonio Chi, del linaje Xiu de la provincia de Maní, tiene relatos de la conquista en RY 1: 42-45, y AGI, México 104, Probanza de Gaspar Antonio Chi, 1580. Véase también AGI, Guatemala 111, Probanza de don Francisco, cacique de Xicalango, 1552; y para el relato de los chontales de Acalan, compuesto hacia 1610 a partir de tradiciones orales y documentos anteriores, véase Scholes y Roys, *Maya-Chontal*, 367-382. Es interesante resaltar que todos estos relatos fueron escritos por señores mayas (o sus descendientes) que se habían aliado desde el principio con los Montejo y tenían mucho interés en hacer constar (y a veces exagerar) la amistosa recepción que dieron a los españoles, en contraste con los «Libros de Chilam Balam», citados más abajo, que estaban concebidos exclusivamente para una audiencia maya y reflejan preocupaciones puramente mayas.

Y aunque hay un cierto patetismo en las últimas crónicas, que narran los funestos tiempos que acompañaron a la conquista [16], carecen del sentimiento y de la desconsolada amargura de las elegías mexicas por un mundo que había sido repentina e irrevocablemente destruido [17]. El contraste refleja, en parte, experiencias distintas: la rápida y total derrota militar, agravada por la completa destrucción de una poderosa ciudad, convertida en un montón de escombros, en contraste con una serie de escaramuzas y batallas que tuvieron lugar, en su mayor parte, fuera de los centros de población. También refleja diferentes percepciones del significado de la derrota y de la dominación extranjera.

La conquista española fue un golpe especialmente duro para los mexicas, debido a su peculiar mística de invencibilidad, fundamentada en una larga e ininterrumpida serie de victorias militares. La dominación extranjera era una experiencia poco familiar en el altiplano, donde la norma era la conquista desde el interior. Los mexicas, y los toltecas antes que ellos, fueron en un primer momento forasteros, pero habían llegado como humildes emigrantes que se asimilaron gradualmente, siendo después cuando pasaron a dominar el teatro local, antes de expandirse hacia el exterior.

Si el altiplano constituía un centro dinámico y expansivo en el área

[16] Si nos fijamos en datos que contienen los textos existentes de los «Libros de Chilam Balam», éstos pueden ser fechados en el siglo XVII. Se copiaron muchas veces posteriormente, pero sin que se produjeran modificaciones sustanciales. De este modo, expresan la percepción que a mediados de la época colonial se tenía acerca del pasado prehispánico y el momento de la conquista. Además de los sencillos relatos históricos de la conquista que pueden verse, por ejemplo, en Roys, *Book of Chilam Balam of Chumayel* (citado en adelante como Roys, *Chumayel*), 119-120, 145-146, las partes conocidas como las profecías de los *katunes* contienen numerosas referencias, algunas de ellas explícitas —aunque más frecuentemente disimuladas con el lenguaje metafórico que caracteriza a los textos sagrados mayas— a la conquista y a las aflicciones y miserias que se derivaron de ella: Roys, *Chumayel*, 144-163; *Codex Pérez*, 157-171. Roys, «Maya Katun Prophecies», contiene una traducción combinada de las profecías de los «Libros de Chilam Balam» de Tizimin, Mani, Chumayel, y Kaua, con notas y comentarios.

[17] León-Portilla, *Visión de los vencidos*, contiene traducciones al español de diversas fuentes en náhuatl, en prosa y en verso, muchas de las cuales estaban sin publicar. No resulta sorprendente que la versión tlaxcalteca, extractada aquí, esté muy cercana en su tono pragmático y en sus interpretaciones, tendentes a la autojustificación, a los relatos producidos por los aliados mayas de los españoles, citados en la nota 15. Wachtel, *Vision of the Vanquished*, 13-32, compara las respectivas percepciones de los mayas, los nahuas y los pueblos andinos sobre los españoles y la conquista, basándose en estos mismos textos. No es casual que las «danzas de la conquista» de los Andes y de las tierras altas de Mesoamérica (analizadas en Wachtel, 33-58) no tengan ningún equivalente entre los mayas de las tierras bajas. Quizá, habiendo asimilado la conquista en su concepción cíclica del tiempo, los mayas de las tierras bajas no tuvieron necesidad de reproducirla en búsqueda de la solución del problema psíquico que podía plantear.

mesoamericana, Yucatán era un objetivo predilecto, y los mayas tenían una larga historia de conquistas, gracias a la cual estaban psicológica y cognitivamente preparados para la llegada de los españoles. La bien conocida invasión «tolteca», que introdujo en Yucatán el culto de la Serpiente Emplumada (Quetzalcóatl-Kukulcan) y otras influencias propias del altiplano a finales del siglo X, fue durante un tiempo considerada única. Actualmente, los estudiosos piensan que fue una más en una serie de penetraciones más o menos belicosas en Yucatán, que se produjeron en el lapso que va desde los primeros siglos de la era cristiana hasta la propia conquista española [18]. Con un pequeño esfuerzo de la imaginación, la invasión española pudo ocupar un lugar en esta serie.

Estas penetraciones no eran siempre o necesariamente invasiones a gran escala desde el altiplano. Los mayas se enzarzaban en frecuentes guerras internas. Los conflictos fronterizos y las contiendas civiles eran oportunidades ideales para que pequeños grupos de aventureros extranjeros, tanto mexicas y sus antecesores en el altiplano como intermediarios suyos aculturados, tomaran posiciones. Más que reemplazar por completo a los rivales locales, los extranjeros se unían a la lucha, maniobrando para mejorar sus posiciones mediante alianzas estratégicas y uniéndose finalmente con gobernantes indígenas a través del matrimonio. La lucha por el control, en el Postclásico Tardío, del centro de Mayapan, abandonado en 1441, se muestra como uno de los mejores ejemplos, ya que en ella estuvieron implicados al menos tres grupos de extranjeros con distinta antigüedad en la península. Los Cocom, identificados con los antiguos gobernantes de Chichen Itzá, fueron derrotados por los Xiu, que se habían establecido más recientemente, a pesar del auxilio que les prestaron tropas mexicas, y éstos —los últimos en llegar—, a su vez, se instalaron finalmente como gobernantes locales en la provincia de Ah Canul [19].

La relación de estas invasiones se conservó en la tradición oral y en

[18] Willey, «External Influences», resume la bibliografía arqueológica de todas las tierras bajas desde 1940 a 1975. Hay muchas referencias a penetraciones de extranjeros (habitualmente englobados bajo la denominación genérica «itzá») en las tierras bajas del norte, en las tradiciones orales recogidas en Landa, *Relación*, 16-17, 20-26, 32-35; RY, por ejemplo, 1: 121-122, 161, 213, 254-255, y 2: 159-161; Sánchez de Aguilar, *Informe*, 140; y un fragmento del «Valladolid Lawsuit» (1618), en Brinton, *Maya Chronicles*, 114-116, además de las crónicas y las profecías de los *katunes* de los «Libros de Chilam Balam». Para ver intentos recientes de clarificar la oscura cronología de estas fuentes y relacionarlas con los testimonios arqueológicos, véase J. Eric Thompson, *Maya History*, 5-25; Ball, «A Coordinate Approach»; Miller, «Captains of the Itza» y «The Little Descent».

[19] Barrera Vázquez, *Códice de Calkiní*, y Landa, *Relación*, 32-39. Véase también Roys, «Literary Sources for the History of Mayapan».

las crónicas escritas mayas [20]. El recuerdo se mantuvo fresco gracias a la actividad expansionista de los traficantes mayas chontales y a la presencia continuada de tropas mexicas en su enclave comercial de Xicalango, en las costas de la Laguna de Términos (el lugar de origen de los antiguos Cocom). Hay testimonios de que, en los tiempos de la expedición de Cortés, los mexicas habían reunido un poderoso ejército en Xicalango bajo el mando del hermano de Moctezuma con la intención de llevar a cabo otra importante invasión, plan que sólo fue desbaratado por el colapso del imperio mexica [21].

Tanto si los mayas esperaban o no esta concreta invasión, las acciones de los españoles siguieron pautas lo suficientemente familiares como para que pensaran que la historia se repetía de nuevo. Y como la visión maya del tiempo se basaba en el convencimiento de que cada uno de los *katunes*, o periodos de veinte años, se repetía con los mismos sucesos cada 265 años (aunque sin duda falseaban datos a posteriori para conseguir la secuencia idónea), esta impresión debió de ser convincente. Los españoles llegaron en pequeños grupos, invadiendo la península tanto por el oriente y hacia el interior (hacia los alrededores de Chichen Itzá), como al parecer habían hecho los itzáes ocho siglos antes, como luego desde Tabasco hacia el interior de Campeche, la ruta de las invasiones más recientes. Enseguida adoptaron el *ichca huipil*, una especie de casaca o coraza de algodón acolchado, como armadura en lugar de las corazas de acero. En su segunda invasión incluso trajeron tropas del centro de México (mexicas y tlaxcaltecas), cuya participación en la conquista significó, en cierto modo, que el esquema original de Moctezuma no había sido completamente abortado. Estas tropas auxiliares, al igual que sus predecesores, se asentaron en Yucatán como conquistadores. Conservaron, a lo largo de todo el periodo colonial, los privilegios que les concedieron los españoles por sus servicios, y también, como sus antepasados, se fusionaron cultural y físicamente con los mayas sometidos [22]. Así pues, no es solamente por la concepción cíclica del tiempo

[20] Véanse las crónicas y las tradiciones orales (recogidas por los españoles) citadas en las notas 16 y 18.

[21] RY 2: 221-222, Relación de Giraldo Díaz del Alpuche, que se casó con doña Isabel, hija de un hermano no especificado de Moctezuma, que tenía a su mando la fuerza invasora. La guarnición mexica aparentemente permaneció en Xicalango (RY 1: 352, 364), donde probablemente Díaz del Alpuche se enteró de la trama, y se unió a doña Isabel en 1537, en su ruta a Campeche desde Tabasco en la segunda entrada de Montejo.

[22] Ciudad Real, *Relación* 2: 400-401, 413. Un documento de 1605 menciona que existían en Mérida «criollos mexicanos» que todavía sabían hablar náhuatl (AGI, México 369, Memoriales de los indios de los pueblos de Usumacinta), pero hacia el siglo XVIII, solamente les distinguía de los mayas la patente de hidalguía: AGI, México 898, Diego de

de los mayas, en la que historia y profecía se entrelazan en patrones *recurrentes*, por la que las principales invasiones prehispánicas (llamadas «bajadas» por los mayas) son a menudo difíciles de distinguir de la española en las crónicas nativas.

Los mayas no confundieron a los pálidos y barbados españoles con los mexicas, a los que conocían bien como socios comerciales y también como potenciales conquistadores. Pero tampoco les tomaron por dioses. Los españoles debieron de ser una extraña y aterradora visión, con sus «palos de trueno», sus caballos y sus fieros mastines de guerra. Pero a los mayas no les afectaron los mismos problemas de percepción que inicialmente paralizaron a los mexicas, quienes al principio no estaban seguros de si los recién llegados eran dioses, emisarios de los dioses, o simples hombres y, consecuentemente, vacilaron en su respuesta [23]. No encontramos discursos sobrenaturales en las reacciones de los mayas. Parece que aceptaron a los españoles sencillamente como una clase de seres humanos extraños y que actuaron de un modo estrictamente político y pragmático en su trato con ellos, de acuerdo con lo que consideraban sus intereses prioritarios [24].

A la vista de la fragmentada estructura política de los mayas, no es sorprendente que concibieran sus intereses en términos limitados, frecuentemente en forma de posibles beneficios respecto a los grupos vecinos. Las rivalidades interprovinciales, en muchos casos fruto de tradi-

Anguas a la Corona, 12 de julio de 1735. Véanse también los censos parroquiales, 1784-1785, en AA, Visitas pastorales 5, para Sisal de Valladolid, y Visitas pastorales 6, de Chunhuhub, y el material citado en el capítulo 3, nota 87.

[23] Además de las crónicas indígenas ya citadas, los relatos españoles sobre el contacto inicial con ambos grupos atestiguan también las diferentes reacciones. Véase Henry Wagner, *Discovery of Yucatan* y *Discovery of New Spain*, para los textos que relatan los primeros viajes de exploración. Una perspectiva comparativa puede encontrarse en Díaz del Castillo, *Verdadera Historia*, que participó en todos los viajes (excepto en el viaje de Grijalva de 1518, según Wagner), así como en la conquista de México. Sobre las reacciones mayas a la primera entrada de Montejo en 1527, véase Oviedo y Valdés, *Historia*, Lib. 32, caps. 2-3, y, entre los diversos relatos de los conquistadores, la Probanza de Blas González, 1567, en AGI, Patronato 68, núm. 1, ramo 2.

[24] Los Xiu declararon más tarde (RY 1: 44-45) que se habían sometido a los españoles debido a las profecías existentes sobre su llegada (sin indicación alguna de que los propios españoles *fueran dioses*), pero su cooperación parece haber sido estimulada más bien por el reciente estallido de su vieja rivalidad con los Cocom de la provincia de Sotuta: RY 1: 288-289; Landa, *Relación*, 54; AGI, México 104, Probanza de Gaspar Antonio Chi, 1580, nos narran todos cómo los Cocom hicieron una matanza entre los nobles Xiu en una peregrinación a Chichen Itzá. Una versión posterior del incidente, más distorsionado en favor de los Xiu, en la cual las víctimas están retratadas como emisarios de paz de los españoles, está incluida en el *Codex Pérez*, 187-188; Cárdenas Valencia, *Relación*, 100-101, y *Cogolludo*, Lib. 3, cap. 6.

ciones de enemistad muy antiguas, impidieron que los mayas se unieran *contra los invasores*. Los conquistadores extranjeros se han aprovechado a lo largo de toda la historia de este tipo de provincialismo que, visto desde nuestra perspectiva, parece tan miope. Los dirigentes mayas, como tantos otros en circunstancias similares, intentaron ubicar a los recién llegados en el marco político preexistente de la región sin darse cuenta de que este nuevo elemento iba a destruirlo y, de este modo, a privar de vigor al fundamento de sus previsiones.

Algunos de los señores mayas optaron por una política de colaboración activa, uniéndose a los conquistadores en la toma de las provincias vecinas. Dichas alianzas parecen haber sido un recurso tradicional en la actividad bélica de la zona. Muchos de los propios señores mayas eran también de origen extranjero y al menos algunos de ellos habían obtenido su autoridad de un modo semejante. En teoría, todas las dinastías mayas se declaraban descendientes de uno u otro grupo de conquistadores como parte de las estrategias legitimadoras de su soberanía, aunque tales vínculos se remontaran a un pasado muy lejano. Algunos pertenecían, sin embargo, a dinastías de llegada más reciente, y fue entre estos recién llegados, como eran los mayas chontales del golfo y de la costa oriental, las dinastías Pech, Chel y Canul y, sobre todo, los gobernantes Xiu de la provincia de Mani, donde los españoles encontraron un recibimiento más amistoso [25].

En el interior de la península, donde se encontraban los Cupul, los Cochuah y los Cocom (de Sotuta), los españoles encontraron una resistencia implacable desde el principio hasta el fin, porque estas mismas provincias unieron de nuevo sus fuerzas en el Alzamiento de 1546-1547. Los antecedentes de los Cochuah no se conocen, pero tal vez no sea casual que los enemigos más acérrimos de los españoles fueran precisamente los Cocom y los Cupul, los dos linajes gobernantes más antiguos de Yucatán, cuyos ancestros se remontan hasta los invasores itzáes que establecieron su capital en Chichen Itzá. [26] Presumiblemente estaban más

[25] Véase Scholes y Roys, *Maya-Chontal*, 88-128, sobre los chontales de Acalan. Para la costa oriental, véase Oviedo y Valdés, *Historia*, Lib. 32, cap. 2; AGI, Patronato 68, núm. 1, ramo 2, Probanza de Blas González, 1567; RY 2: 110-111. Roys, *Political Geography*, sintetiza los antecedentes de las dinastías de los Canul (pp. 11-13), los Pech (p. 41), los Xiu (pp. 61-64) y los Chel (p. 81), que son tratados más extensamente en el capítulo 8.

[26] «Valladolid Lawsuit», en Brinton, *Maya Chronicles*, 114-116, y Landa, *Relación*, 23, nota 126 (citando de Torquemada sobre los Cocom). Las pruebas que corroboran este hecho son equívocas, pero los Cupul son identificados en todos los demás lugares con los primeros invasores que vinieron del este (RY 2: 161-162), y los Cocom afirmaban tener un linaje más antiguo que los «extranjeros» Xiu: RY 1: 161, 288; Landa, *Relación*, 26, 31, 40.

mayanizados y aislados de las influencias extranjeras y tal vez por este motivo fueran especialmente hostiles con los forasteros, sobre todo con los nahuas del altiplano.

Sólo retrospectivamente puede considerarse más astuta (o al menos más clarividente) esta política de confrontación. No podemos atribuir una mayor clarividencia respecto a las consecuencias de la victoria española a Nachi Cocom, el señor de Sotuta, que a su vecino y enemigo Tutul Xiu, señor de Mani, que optó por la alianza con los españoles. Todos los gobernantes mayas eran herederos de tradiciones históricas semejantes y debieron valorar sus intereses, basándose en la experiencia pasada de la región, teniendo en cuenta cuestiones de poder político y no de supervivencia cultural. Sencillamente, llegaron a conclusiones diferentes sobre el mejor medio de conservar o incrementar su poder.

Por muy molesta que la dominación extranjera hubiera sido en el pasado, dejando un legado de resentimiento que puede ser detectado en *las últimas crónicas, no parece haber sido asociada en el pensamiento* maya con un devastador choque cultural. A fin de cuentas, los mexicas formaban parte de una civilización mesoamericana mayor que, a lo largo de muchos siglos de interacción, había acabado compartiendo muchos rasgos. Muchas de las influencias se habían transmitido lentamente, como un goteo, a través del pacífico vehículo del comercio a larga distancia; otras habían sido impuestas por la fuerza. Los extranjeros habían dejado huellas de su impacto en el estilo de los monumentos públicos, en palabras tomadas del náhuatl incorporadas al vocabulario, en nuevas divinidades añadidas al panteón local y en otras innovaciones [27]. Hay evidencias de que a la vieja guardia le seguían desagradando algunas de estas innovaciones [28]. Pero los mayas yucatecos han mostrado, una y otra vez,

[27] Tozzer, *Chichen Itza*, es un estudio detallado de la influencia «tolteca» en Chichen Itzá. Para otras discusiones sobre la influencia «mexica» en el culto, véase Andrews, *Balankanche*; Miller, *On the Edge of the Sea*, y Pollock *et al.*, *Mayapan*, especialmente en las pp. 136-139, 428-431. Las frecuentes afirmaciones de que la idolatría y el sacrificio humano eran desconocidos en Yucatán hasta que fueron introducidos por Kukulcan (RY 1: 52, 78-79, 121-122, 215, 225-226, 242-243, 270-271) seguramente hacen referencia a los nuevos cultos y a un mayor énfasis en los sacrificios humanos.

[28] Los «Libros de Chilam Balam» contienen numerosas expresiones de desaprobación dirigidas contra los itzáes («insolentes», «desvergonzados», «pícaros», «canallas», «vulgares extranjeros», «obscenos» y «disolutos»), a los que se consideraba responsables de la decadencia de la religión y de la sabiduría mayas. Véanse las profecías del *tun* en Roys, «The Prophecies for the Maya Tuns», especialmente 173, y *Codex Pérez*, 98-116, especialmente 104-105, 108. Una de las quejas fundamentales se refería a la introducción del libertinaje sexual —un culto del erotismo que puede haber incluido prácticas homosexuales («crimen nefando»): Roys, *Chumayel*, 151; RY 1: 149, 216, 256.

una asombrosa capacidad para absorber influencias foráneas sin ser arrollados por ellas.

En este contexto, las primeras impresiones que dejaron los españoles fueron tranquilizadoras, ya que para los mayas no había indicios claros de que fuera a producirse ninguna alteración drástica. Aparte de traer consigo las familiares tropas auxiliares del altiplano, con sus conocidos *atl-atls,* o lanzadardos típicos del centro de México, y además de seguir las rutas usuales de invasión, los Montejo (padre, hijo y sobrino, llamados los tres, para mayor confusión, Francisco) procedieron de acuerdo con prudentes y —de nuevo— familiares estrategias en su trato con los señores mayas. En todo momento intentaron, en primer lugar, alcanzar acuerdos pacíficos, a menudo enviando emisarios indígenas por delante. Ofrecían, e inicialmente respetaban, condiciones sumamente razonables, que dejaban intacta la estructura local de poder bajo la jefatura española [29]. Ninguno de los gobernantes mayas fue destituido. Incluso el implacable Nachi Cocom conservó su rango, igual que los demás dirigentes del Alzamiento de 1546-1547, a pesar del hecho de que, habiendo jurado todos ellos en su momento fidelidad a la Corona, eran considerados por los españoles culpables de traición.

Las condiciones de la sumisión a la autoridad española comprendían, junto a la pérdida de autonomía y de la exacción de tributos (un mortificante pero previsible precio de la conquista), la aceptación del cristianismo. Es improbable que este reconocimiento supusiera para los señores mayas una ruptura radical con el pasado. La introducción por parte de un grupo conquistador de nuevos cultos religiosos —cultos que podían convivir con los viejos— era una constante en Mesoamérica. El hecho de que el cristianismo fuera una religión exclusivista que exigiera la desaparición total de las deidades y creencias mayas pudo no ser inmediatamente evidente. Montejo, sin duda un devoto cristiano, no era un fanático religioso. Ni él ni ninguno de los capellanes que acompañaban a sus tropas tenían afición a las dramáticas escenas de destrucción de ídolos a las que Cortés se entregaba. Esto en parte fue así porque las idolatrías mayas, que no contemplaban el sacrificio humano masivo, herían mucho menos la sensibilidad de los españoles que los sangrientos espectáculos de los mexicas. Pero sólo en parte, ya que Cortés había comenzado sus actividades iconoclastas en la isla maya de Cozumel.

La evangelización fue realmente un asunto menor en Yucatán durante las primeras fases de la conquista. Muchos señores indígenas, se nos cuenta, solicitaron el bautismo, aunque es difícil saber qué significado le daban los mayas a esta ceremonia, ya que ninguno de los escasos clérigos que acompañaban al ejército español aprendió jamás el idioma maya, y en su mayoría se limitaron exclusivamente a cumplir con sus obligaciones de capellanes militares [30]. En la práctica, los viejos cultos continuaron virtualmente intactos. No se construyeron iglesias para los indígenas y no se emprendió un programa organizado de conversiones hasta que un puñado de franciscanos llegó a Yucatán a finales de 1544 o principios de 1545 [31].

La conquista en sí causó bastante quebranto, como cualquier lucha militar prolongada. Las represalias y la destrucción sistemática estuvieron, no obstante, limitadas a los distritos de Uaymil y Chetumal, que sufrieron la desesperada y semiindependiente campaña de los hermanos Pacheco, aunque otras provincias también resistieron con tenacidad. Montejo tenía rivales y enemigos en sus propias filas, y si hubiera tolerado o cometido actos de crueldad y matanzas indiscriminadas similares (que también caracterizaron a las campañas españolas en las islas del Caribe, en Panamá y en México bajo el mando del sucesor de Cortés, Nuño de Guzmán), sus acusadores lo hubieran mencionado en la detallada investigación de su conducta encargada por la Corona. La única acusación grave que se formuló contra él y que concernía a los indígenas, en comparación con los actos que se juzgaba que perjudicaban a los intereses de la Corona y de sus compatriotas, fue la de haber enviado prisioneros de guerra al centro de México para que fueran vendidos como esclavos [32]. Conscientemente o no, Montejo no había hecho sino

[29] AGI, Patronato 80, núm. 1, ramo 1, Instrucción dada por el adelantado s.f. (1534), en Probanza de Alonso Sánchez de Aguilar. *Véase también* AGI, Justicia 300, Residencia del adelantado Francisco Montejo, 1549, donde hay muchos testimonios detallados sobre la política de los Montejo.

[30] Juan de Caraveo (probanza en AGI, Indiferente 1294, núm. 11, 1533) participó en la primera entrada. Francisco Hernández, que participó en la segunda, se distinguió principalmente por su papel de supervisor del mercado de esclavos, y sus servicios fueron recompensados por Montejo con una encomienda (AGI, Justicia 300, Residencia de Montejo, 1549; México 364, Cabildo de Mérida a la Corona, 14 de julio de 1543). Un tercer clérigo, Francisco Niño de Villagómez (probanza en Indiferente 1209, 1547), no llegó hasta el final de la conquista.

[31] Cogolludo, Lib. 2, cap. 5, Lib. 5, caps. 1 y 5, Lib. 8. Como franciscano que era, Cogolludo difícilmente era una fuente objetiva, pero por regla general solía ser favorable a Montejo. Las evidencias que hay para la datación de esta misión y otra anterior a Champotón, que fracasó (hacia 1534), son analizadas en Gómez Canedo, «Fray Lorenzo de Bienvenida».

[32] AGI, Justicia 300, Residencia de Montejo, 1549. Justicia 244, núm. 3, contiene un resumen de los 29 cargos formulados en la residencia. Ver también AGI, Justicia 126, Juan Ote Durán con el adelantado, 1537. La principal queja de los pobladores era, de hecho, la supresión del comercio de esclavos: AGI, México 364, Cabildo de Mérida a la Corona, 14 de junio de 1543; RY 1: 229, 234.

seguir la tradición local. Los esclavos habían sido una de las principales exportaciones de Yucatán en los tiempos prehispánicos, y su captura era una de las causas más importantes de la endémica guerra fronteriza de la región. Los aliados mayas de Montejo fueron persuadidos a colaborar en la represión del Alzamiento de 1546-1547 (y muy probablemente a participar en la conquista original) con la promesa de que podrían continuar con su costumbre de esclavizar a los prisioneros que capturaran [33]. Desde el punto de vista de los mandatarios mayas, la posterior decisión de la Corona de emancipar a todos los esclavos del territorio conquistado, ya fueran de los indígenas o de los españoles, debió de ser mucho más criticable y ominosa que el comercio de esclavos de Montejo.

Así, en el transcurso de las primeras décadas de confrontación con los españoles, los mayas tuvieron pocos motivos para sospechar que esta última invasión no fuera a ocupar su lugar correspondiente en el mismo ciclo recurrente de las anteriores conquistas. Lógicamente, esta pequeña banda de guerreros, enormemente inferior en número y alejada de su lugar de origen, sería absorbida por la élite local, como había sucedido con sus predecesores provenientes del altiplano. Tal vez fueran necesarios algunos ajustes: cierta pérdida de autonomía, añadir nuevos dioses al panteón local, tributos adicionales. Molesto, quizá, pero de ningún modo intolerable. Si algunos de los señores mayas esperaban una repetición de episodios anteriores de dominación extranjera, la prohibición de la esclavitud, que era una importante fuente de riqueza, fue tan sólo una de las muchas sorpresas desagradables que les iban a esperar a medida que los nuevos señores comenzaran a convertir el territorio conquistado en una colonia organizada de acuerdo con principios totalmente extraños para ellos.

Quizá los mayas nunca comprendieron o reconocieron el verdadero significado de la conquista española. Junto con un sentimiento de injusticia y derrota, los últimos relatos de la conquista revelan que aún conservaban de su pasado prehispánico el concepto cíclico del tiempo, lo cual, a pesar de las circunstancias, debió de ser una importante fuente de consuelo. De acuerdo con esta creencia, toda la historia de la humanidad se repite del mismo modo ordenado en que lo hace el movimiento recurrente de los cuerpos celestes. Todas las cosas, buenas y malas, tienen señalada su hora para acabar y para repetirse en un ciclo interminable en el que el pasado es la profecía y la profecía es el pasado [34]. La

[33] *Cartas de Indias*, 70-80, Fray Lorenzo de Bienvenida a la Corona, 10 de feb. de 1548, cita a Montejo: «no querrán ir los amigos si no les damos licencia de hacer esclavos».

[34] Véase León-Portilla, *Tiempo y realidad*, para un análisis de la antigua concepción maya del tiempo.

persistencia de esta cosmología (es difícil precisar cuándo se perdió, si es que ha sido así) [35] es un síntoma de la flexibilidad de la cultura maya. Parte de esta ductilidad es fruto de una larga historia de adaptaciones y ajustes, ya esbozada anteriormente. Otra gran parte, sin embargo, lo es de las circunstancias específicas de la propia dominación colonial. La conquista, que fue mucho menos catastrófica en lo inmediato para los mayas que para los mexicas —menos traumática para el universo indígena—, iba también a resultar menos destructiva en sus repercusiones a largo plazo.

[35] Aunque el uso del antiguo *tzolkin*, o calendario ritual de 260 días, puede haberse extinguido entre los mayas yucatecos (véase Redfield y Villa Rojas, *Chan Kom*, 367), el conocimiento de las profecías de Chilam Balam, que incluían la noción de los sucesos recurrentes, estaba todavía muy extendido a mediados del siglo XIX: Sierra O'Reilly, *Indios de Yucatán* 1: 87.